



LOS POETAS DE MI SILENCIO:

FEDERICO CARBAJO

No amo su poesía por ser más o menos importante. Tampoco podría hacerle una auténtica crítica, puesto que, para mí, es inconcebible revisar los dictámenes, haceres y sentires del alma humana. Los respeto, sencillamente, por gravitar en ese universo tierno, imprevisible, abstracto, desconcertante, absurdo, constante, real, imaginario, complejo, vital, cruel o baladí del arte poético. Federico Carbaajo, es uno de ellos.

“De niña, recuerdo
tu mirada atenta, pero distraída.
Era un estar, como si estuvieses,
Y, a la vez, como si te ibas...”

Así quiero comenzar a hablar de este poeta, el cual nos abre cristalerías de luz en sus metros. Asiduo a las tertulias en el “kiosco del Parque de San Telmo” y a las del “Café Polo”, se relacionó con los intelectuales y artistas de la época: Montiano Placeres, Luis Báez Mayor, Cirilo Suárez Moreno, Pedro García Cabrera, Juan Sosa Suárez, Federico Sarmiento, Néstor de la Torre, Víctor Doreste y otros más.

De su “entereza poética” nos hablaría André Moroís, y Miguel Ángel Asturias le ofendió su amistad y respeto hacia la obra realizada. Jorge Guillén, ante el poema “Partió la niña”, le diría a nuestro autor tan significativas palabras: “Vd. además de librero y bibliófilo, poeta. Eso es evidente”.

Luis Doreste, en el prólogo que le hizo a su primera obra, “Pequeño vuelo”, ratifica lo anteriormente citado. Ante el soneto “Al Viejo Reloj”, comentaría: “Nadie se atreverá a negar que este soneto señala a un poeta que comienza a formarse, en molde que se sale de lo vulgar. Composición es ésta, captada en noble fuente inspirativa, con perfume de segura emoción y atisbos de buen estilo”. Otorga, a Carbaajo, la consideración del respeto y deja extendida al poeta una cédula de esperanza.

Para mí, y remitiéndonos al presente, el soneto “Todo yo ...” publicado en “La Voz del Norte” en 1932, ha sido lo suficientemente hermoso y subyugante, para que me haya sumergido en su trayectoria literaria:

“Yo tengo algo del agua; el alma pura.
Yo tengo del fuego; el pecho ardiente.
Siempre hay llamas azules en mi frente.
Y en mis ojos, hay llanto de ternura.
Yo tengo de las ondas la dulzura;
Yo tengo de la hoguera luz fulgente.
Todo yo, soy un fuego que perdura.

Tengo del mar ese salvaje encanto
De revelarme siempre misterioso
En instante sombrío o risueño.

Soy una llama azul que me levanto;
Sonriendo al infinito tembloroso,
Inflamado de amores, y de Ensueños”.

Federico Carbaajo, nos trae en su lírica reminiscencias de un Antonio Machado, o un Juan Ramón Jiménez entre otros.

Porque su lírica sabe quebrarse en vertientes que nos llevan a los puntos más álgidos del alma humana. Así, en “Partió la niña”, los sentimientos que despierta en él la muerte se abren y afloran como un loto lo hace ante el sol, demostrando, sin lugar a dudas, su impronta literaria:

“Ayer murió la niña
la de la triste mirada,
.....

Guardo una mata de pelo
dentro del arcón de plata.
La muerte la llevó lejos ...
.....

Murió la triste niña
siempre enferma, siempre pálida”.

Pero, a la vez que nos envuelve en un halo sombrío con estos versos, sabe también transportarnos, con otros, a todo un mundo de sosiego y de tonalidades. La tonalidad en Carbaajo es como una cascada suavísima que, poquito a poco, nos adentra en un estadiillo de color. Lo podemos constatar en “Valle de los nueve”:

“En el Valle azul, la niña duerme,
un sueño lila
en la casa verde.
Lirios tan azules sobre un campo de nieve...
El Alba vino de rosa
por el naranjal verde.
En el Valle azul, la niña duerme
un sueño lila
en la casa verde.



El arpa de aguas
 suena por la fuente;
 se queja en la noche,
 ¡ay! si la niña duerme.
 Lirios tan azules
 sobre un valle celeste.
 ¡El alba vino de rosa
 por el naranjal verde!”

De su poesía despierta un especial interés esa relación de amor, tan intensa, que le une al mar:

“Oh, mar,
 el alma mía,
 esta noche
 de luminosa flora
 está entre los brazos
 de tu inmensidad”.

“No más de Luna
 ni de estrella
 sólo el mar azul
 que bordea la tierra”.

Con respecto a los objetos “cotidianos”, el autor los mimaba en su lírica, los mece, diría yo, en un cantar pleno de imaginación, técnica y ternura. Son, a mi modo de ver, sutilmente entrañables. Habría que citar, precisamente, “Al Viejo Reloj”:

“Todas las noches, yendo con rumbo hacia Vegueta,
 al pasar por la vieja plaza de Santa Ana,
 alzo la vista, y miro con ansiedad secreta
 tu esfera, que ha marcado mi vida provinciana.

Quiero al reloj anciano con un querer fraterno,
 como se quiere algo que nos es familiar;
 yo contemplo su esfera con un temblor interno
 que armoniza mis pasos, camino de mi hogar.

¡Viejo reloj! Te canto con acento sincero,
 pues mis horas felices las vi en tu minuterero,
 señalador acaso de una cita de amor.

¡Viejo reloj! Te quiero con intenso cariño,
 aunque evoques mi angustia y mi asombro de niño
 cuando diste la hora de mi primer dolor ...”

O a los versos que hacen alusión a la “Mantilla Canaria”:

“Definir yo quisiera, en lo poco que abarco
 el fulgor de los ojos, en torno a una plegaria,
 como los de mi tierra posado ahora en el mareo
 de las negras o blancas mantillas de Canarias.

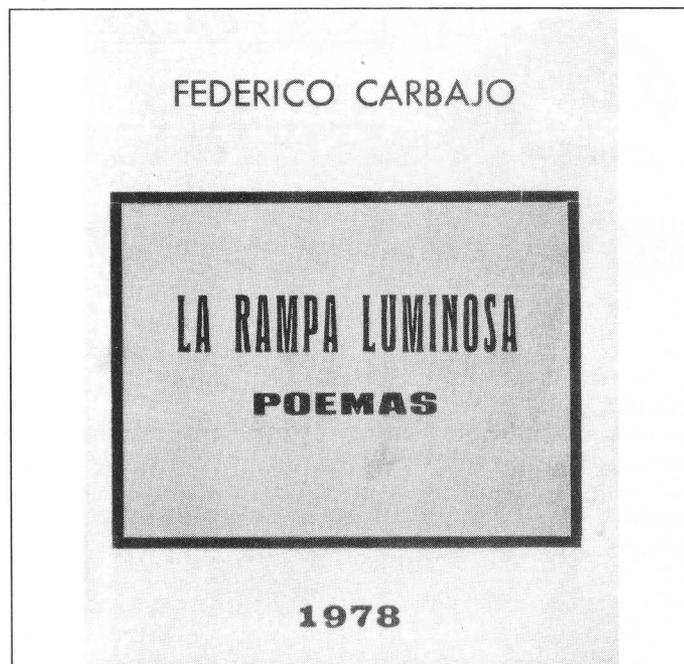
.....

Y hay quien con su andar la elegancia derrama
 desafiando imponente con fibras temerarias,
 a los hombres amantes que seducidos claman:
 Que sí, que sois volcanes las mujeres canarias”...

Mas, en otra parte de su obra, el poeta se nos viste de complejas sensaciones de interioridades, en un “encerrarse en sí mismo” que produce, en el lector, una imperante atracción hacia su lectura. Vale la pena hacer referencia a dos de estos poemas:

Algo extraño.

“De súbito, el vértigo lanzó
 Una luz por la mente.
 Y pensó en algo extraño,
 Como se piensa en la muerte.



No sucedió ...
 Acaso llegue el día
 en que el alma más viril
 Venza a la cobardía del cuerpo.

El hilo de la vida.

¿Por qué la nube blanca
 se parece a la pena
 que dentro del alma llevo grabada?

Ya pasando a otro apartado de la andadura literaria de Carballo, nos encontramos con un verdadero maremágnum de críticas hacia la obra trabajada. Sobre “Pequeño vuelo” (1934), “Los diez poemas de Folleto de la Crónica” (1935) y “La Rampa luminosa” (1978), he creído que le interesará al lector conocer aquellas, que he seleccionado por su certeza, sensibilidad o afinidades con el autor, ya que nos dan una respuesta responsable hacia lo escrito. Podemos reseñar, en primer lugar, las de Carlos Platero Fernández, el cual ha seguido muy de cerca al autor y su obra. Para él, Carballo canta en dulces y suaves acentos a todo aquello que le impresiona, lo que fue y lo que ya no es, y, por encima de todo, a la belleza. Le llama el cantor de las cosas buenas, sencillas y hermosas. Domingo Pérez Minik, destacará su gusto por la libertad del poema, la inspiración y la fluidez bien acentuada. Según José Quintana, forma parte por derecho propio del grupo de poetas de la “Escuela Lírica de Telde”, trascendiendo por su personalidad diferenciada sobre el “silencio isloteñista”.

En “La Literatura Canaria” de Joaquín Artilles, se puede leer lo siguiente referente a nuestro poeta: “Poemas más bien descriptivos, con abundancia de imágenes y colores: coplas azules, noches violetas, sueños lilas, luna malva”.

Será de la mano de Ignacia de Lara con quien pondré la nota final, más sensitiva y mágica, sobre el “vuelo” de este vate: “Estás gravemente enfermo del divino mal, que no tiene cura ni alivio, que lleva en sí el augurio de las vigiliadas atormentadas, de las febriles exaltaciones sin causa. Pero tendrás en tu palacio interior un ventanal, abierto, a todas las lejanías inaccesibles donde se cultivan los sueños”.

MARISOL HERRERA SABATER